

Relato de ascensión CUMBRE – Julio 2012

o

la Prosopopeya de la salamandra



Mario Distefano fue quien me abrió la boca y empezó a llenarme con papeles de diario arrugados, charamusca, palitos finitos, ramas y finalmente dos troncos medianos para rematar mi capacidad. Acercó el encendedor y empezó el calor. El calorcito le produjo a Mario tanta satisfacción que se refregaba las manos de gusto. Allí estaban también los simpáticos Ítalo Ortiz y Guillermo Cuadrado. Los tres me rodearon como una más al centro de la rueda. Luego de tantas semanas sola y en silencio, era un gusto verlos tan contentos a mi alrededor como su centro. Cobijada por los tres, empezaron a reír, a contar chistes, a contar anécdotas, a recordar gente ausente, a pensar en esto, en aquello, a calcular en el tiempo que se nos va y el futuro que se nos viene.

Al caer la tarde apareció uno más en un Citroën encadenado que se sumó a la rueda. Arrancamos con un café caliente, luego una cena variada, té, botellas de licores fuertes, cerveza negra y el buen gusto de celebrar la amistad y el aniversario del grupo CUMBRE.

Se iluminó la puerta. Era un moderno vehículo que llegaba rompiendo la oscuridad con sus faroles de LED. El gaucho Guillermo Cuadrado salió a abrir el portón-tranquera. Bullangueros y risueños llegaron tres personas más: un pelicano medio “Chicho” al que apodaban Peter O’Tool, un Bellísimo y extrovertido Carlos (encumbrado testigo del firmamento nocturno) y un tal Julio Vega, barbado de mordaz sonrisa y comentarios irónicos pero

aleccionadores. Con tal cuota extra de asistentes ya la fiesta fue completa. Más y más leña entró por mi boca y fui testigo de conversaciones algo críticas, charlas sobre Él, sobre la montaña, sobre la sabiduría de vida destilada durante años y plasmada en anécdotas. Hablaron sobre vinos, sobre mujeres (la mayoría de ellas propias y no ajenas), sobre equipos de montaña y sobre todo de andinismo y de alpinismo.

Alrededor de la hora 22 el Bellísimo Bello, ordenó que salieran todos a ver las estrellas mientras yo me quedaba sola fumando leña por la larga pipa de mi chimenea. Con un aparato parecido a un secarropas KOHINOOR vieron con asombro la constelación de Magallanes, la amarilla Antares, la forma del Escorpión, y la Cruz del Sur; sé que vieron también muchas joyas de hermosos colores y brillo singular (vieron una caja completa de joyas), vieron Saturno y admiraron con asombro reverente la creación del Altísimo como un tributo de humildad que sólo unos pocos científicos fementidos se atreven a negar.

Cuando se empezaron a enfriar de pies y cabezas, volvieron uno a uno a rodearme contentos de verme y sentirme cerca nuevamente. Más copitas de alcohol y entre cabeceadas de sueño, Bellísimo Carlos proyectó en su Notebook un estupendo Power Point con aspectos valiosos de la astronomía histórica desde Eratóstenes pasando por Copérnico, Brahe (de dorada nariz), Galileo, el gran Kepler y hasta Newton.

Alguno se fue a dormir y, como si los demás hubiesen recibido el impacto de una partícula subatómica, todos los otros fueron a buscar también la posición horizontal. Me quedé escuchando el ronquido de osos, los chirridos de sierras sin traba y los resoplidos de instrumentos destemplados. Sólo Mario se levantó un par de veces para rellenarme el buche con leña y así poder tirar calentita hasta las 7 de la mañana del domingo. Uno a uno empezaron a aparecer los montañeros con sus ojos todavía entornados. Sobre mi lomo tostaron pan, calentaron tortas e hirvieron agua. Corría café, te, mate de Distéfano, cuando se abrió la puerta y llegaron más personajes raros: el sinperro Szigeti en compañía de un alto joven porteño llamado Fabricio. También entró una parejita de tórtolos enamorados Samsó y Estévez que vinieron con su auto retrotelevisivo a

color. Todos celebraron contentos el encuentro del grupo compacto. La unión de disolvió sólo al salir y dejarme sola. Escuché a lo lejos que un auto arrancaba y que las voces de otros se alejaban y se gritaban. No sé bien para dónde fueron. Ellos tampoco lo sabían.

Pasó el día y yo me quedé en casa cuidando como vestal el calor del hogar. Alrededor de las tres de la tarde volvió el grupo de Distéfano, Cuadrado y Ortiz que habían subido contentos y exitosamente el cerro El Chacay. Al rato volvieron también el de nombre largo y raro, Bellísimo Carlos, Tersoglio Chicho, Sziguetti sin perro, Fabricio el juvenil, Julio Ironía Vega, el dinámico Samsó y su bella dama Silvia (la yogui del grupo). Habían subido el Castaño por la quebrada de El Salto. En suma: Dos grupos que se formaron espontáneamente al salir. Cada grupo no supo, hasta la vuelta, dónde había ido el otro.

A los dos grupos les tocó un día soleado, pero el aire se mantuvo frío. No había nubes grandes a la vista y las laderas sur y oeste de los cerros estaban con nieve. En lo alto del cerro Castaño, al llenar el comprobante de ascensión, alguno rindió homenaje al andinista Daniel Villarroel *in memoriam*, pero fue en silencio y sólo a mí me lo confesó como un secretillo personal.

Almorzaron todos juntos gastando los últimos restos de comida y de alegría. Se sacaron fotos y se rieron de la vida y de la muerte como el mejor modo de exaltar la amistad. Cuando notaron que el tiempo de la ciudad y de la familia los apretaba desde la distancia, fueron partiendo de a grupos en sus autos. De a poco, como a golpes de despedida, me fui quedando sola. Al último quedó Distéfano para cerrar postigos, hacer orden, limpiar restos, sacar basura, acomodar muebles, ordenar el silencio y finalmente se despidió de mí abriéndome la boca como un beso de despedida ya sin leña. “Chau, Mario, hasta la próxima” quise decirle pero no sé si me entendió del todo.-